



TARJA 8

ACTIVIDADES CULTURALES

BUSIGNANI - CALVETTI - FIDALGO - GROPPA - PANTOJA

Exposiciones

MARIO
CECCONI

CELIA
ADLER

Conferencias

NICANDRO
PEREYRA

Títeres

Teatro de títeres
de TARJA
(Adherido a A. T. A.)

Dirección

Celia Adler
Hilda A. de
Cosentini
Sara P. de Rathe

actuaciones

Club Atléct. Gorriti
Hospital San Roque
Centro Forestal
Club Mina Zapla
Gral. D. Savio
Perico de San Antonio

Y A

en quechua traduce, compadecer. Pollicarse este nombre de llanto, teniendo que en Cuyaya se viejo y gran camino la ciudad de Jujuy r. Sería Cuyaya se el lugar de las des- quechua también los otra explicación e: puede traducir donde se quiere: de e amorío. I, según tradiciones jujeñas, lugar romántico de tío propicio para los , pues sus sauces, sus molles daban simbrías a los esparcidos debían eludir dis- a la vieja pobla-



Bolivia por Horacio Carrillo, pág. 175. B. Buttazzoni editor, Jujuy MCMXXVIII.

C U Y A Y A

“Cuyacuy”, en quechua traduce tener pena, compadecer. Podría así explicarse este nombre como lugar de llanto, teniendo en cuenta que en Cuyaya se iniciaba el viejo y gran camino que salía de la ciudad de Jujuy hacia el sur. Sería Cuyaya seguramente el lugar de las despedidas. El quechua también puede darnos otra explicación del nombre: puede traducir “querencia”, donde se quiere: de querer o de amorío. I, según las viejas tradiciones jujeñas, Cuyaya era lugar romántico de citas, era sitio propicio para los enamorados, pues sus sauces, sus tipas y sus molles daban silenciosas umbrías a los esparcimientos, que debían eludir discretamente a la vieja población...



Páginas de Bolivia por Horacio Carrillo, pág. 175. B. Buttazzoni editor, Jujuy MCMXXVIII.

AÑO II Agosto a Noviembre 1957. Registro de la propiedad intelectual No. 548.643

Con mucho de asombro, de amor respetuosa y lentamente revelado, recorremos y nos ganan las páginas de ese volumen —un poco viejo ya— del III Congreso de Escritores celebrado por la S. A. D. E. en la ciudad de Tucumán, año de 1941.

Nombres familiares de eminentes escritores, comisiones internas para las Relaciones Internacionales, Cuestiones Societarias, Derechos y deberes del escritor frente al momento actual, el informe del II Congreso realizado en Córdoba en el año 39 (habían transcurrido sólo dos años), homenajes, resoluciones adoptadas (un poema de fe y respeto al hombre como para reproducirlo íntegramente y ratificarlo trozo a trozo!) y por último, los conmovidos, esclarecidos discursos de los invitados especiales: Amado, Brunet, Caillois, Grau, etc. Se terminaba recomendando la “sede del cuarto Congreso en la ciudad de Mendoza o cualquiera otra de la región cuyana” y se agradecía a las autoridades y a la prensa, la atención recibida.

Todo ocurrió 16 años atrás. Lleva 16 años detenido. No es el caso de recordar ahora, punto por punto, todo lo que ha pasado. Entre nosotros, en esta familia grande que escribe y crea, hay distintas maneras de concebir y juzgar la realidad, distintas maneras de opinar. Todos nos debemos respeto y está fuera de lugar insistir precisamente sobre aquello que nos puede desunir.

Es hermoso estar hermanados por la necesidad de expresarnos, por el duro oficio de crear; es hermoso que emocionadamente cantemos a la rosa, revivamos los salmos perdurables o los fluídos romances y que también, si lo deseamos, si lo sentimos un deber, cantemos al hombre y a su lucha concreta y cotidiana; digamos nuestro canto sobre lo que la patria es y en la patria se hace, sin que una indignante “Ley de literatura” (como contaba Jorge Amado del Brasil de 1939) promulgada o velada, nos lo prohíba.

Nosotros que participamos en esta labor de Tarja, tenemos nuestras distintas preferencias. Nos las respeta-

mos y seguimos adelante porque hay un deseo de unión y una meta de ser humanamente útiles, tan bella como cada una de estas firmes, personales convicciones. Y entonces, sin ingenuidad, nos preguntamos: en nuestra ancha patria no podemos hacer lo mismo; no es necesario, imperiosamente necesario, que se lo haga?

El amor a nuestra patria, el amor a su pueblo y el respeto a nuestros colegas, nos hacen confiar en la inevitable labor positiva que muy pronto deberá iniciar la Sociedad Argentina de Escritores, justificando su existencia como tal. Y si se trató un temario tan extensamente enraizado para el III Congreso del 41, qué no será necesario ahora, luego de 16 años de experiencias individuales y colectivas, donde todos los días, viejos y jóvenes aprendimos algo. Hay problemas que siguen sin resolverse; otros se han agudizado y muchos nuevos, surgieron. Cómo, entonces, continuar impasibles ante ellos? Cómo, entonces, no plantearlos y enfrentarlos con una común y fraternal lealtad, después de haberse hablado y declamado tanto sobre el alto magisterio de las letras?

Nuestra voz es pura y reciente; sale con la fuerza de las primaveras provincianas y anhela una eterna bondad de tierras en lozanía; quiere cantar la renovada apertura de la vida y tiene un tono de alta honradez por tanto bien fervientemente deseado, por todo lo hecho con exigido rigor. No es otra cosa, lo que podemos anhelar en esta hora para todos los escritores, para los que se expresan de una u otra forma, músicos, plásticos; para los hombres de nuestra patria que trabajan y sufren y a su manera cantan en los cañaverales o en el hierro, en el carbón o en el lino del sur; no es otra cosa que su bien, su decoro. Y cuán noblemente hermoso sería poder decirles que en la Argentina, una verdadera sociedad de escritores, está avivando las amenazadas lámparas bajo las que velaron los próceres tutelares de Mayo.

Porque esa es la ruda herencia.

Con emoción, lo decimos desde la clara luz de esta provincia de Jujuy, en Tarja, en el octubre de 1957.

LOS PISA - BRASAS

Llegué una tarde de Junio a un pequeño y polvoriento pueblecito del Chaco formoseño. Era para mí un día cualquiera; deseaba únicamente terminar lo antes posible la gestión que llevaba entre manos para abandonar aquella población pobrísima desparramada entre árboles raros y no ver más esa vegetación envuelta en una atmósfera ocre que llegaba hasta el cielo y empalidecía el sol.

Al caminar por la única calle del pueblo, me sorprendió el inusitado movimiento de la gente; había en todas las caras y en todas las casas un aire festivo. Supe pronto que era vísperas de San Juan y que se preparaban para celebrar el acontecimiento. Oí hablar de milagros, fogatas, saltos... Todo ésto me recordó la niñez, cuando en noches como ésta, los chiquilines nos divertíamos en hacer "luminarias" que a mí me parecían altas, altísimas, para luego saltar entre las llamas...

Nunca había pensado que este hecho, que en mi pueblo era cosa de muchachotes, pudiera tener aquí tanta repercusión.

Pronto me convidaron para asistir a "los milagros de San Juan" en casa de Doña Juana, la "santona". Como esa noche no tuviera nada que hacer, acepté y concurrí a la fiesta. Llegué a las ocho, más o menos. Ya estaba todo organizado, pues la invitación era para las cinco. Quise saludar a la dueña de casa, primero, para tratar de comprender viéndola sus artes de santona y después para disculparme por mi tardanza.

Fuí llevado y puesto frente a ella. Era una mujer criolla, robusta, de voz grave, rostro amable, de rasgos muy definidos y no fea. Lo que me llamó la atención por sobre todo, fueron sus grandes ojos oscuros de mirada vivaz y alucinada. Miraba como queriendo llegar más allá de uno mismo. Confieso que, me intimidó un poco. Me enteré por personas presentes que también era élla la dueña del santo: una estampa iluminada de San Juan colocada en un marco antiguo. Pasé luego al patio donde se realizaba la fiesta. Al principio me miraron con extrañeza, pero como vieran que me interesaba tanto lo que sucedía, terminaron por tratarme con confianza. Había mujeres, niños, hombres jóvenes y viejos. En ese momento estaban preparando el camino de brasas; las traían en grandes palas desde un montículo cubierto de cenizas y las disponían a lo largo, frente a la galería, formando una alfombra roja, viva, centelleante. Tendría un metro de ancho por unos cuatro de largo, más o menos. La tarea tocaba ya a su fin y era hora de comenzar. El Santo presidía la ceremonia y la santona rezaba a viva

voz juntamente con otras mujeres. Yo estaba a la expectativa de lo que podría ocurrir y oía entre el tumulto a cada uno de los asistentes reclamar su lugar en la caravana que debía pasar por el camino de fuego. Yo hace dos años que no paso, dijo uno. Otro agregó: se acuerdan cómo se quemó la fulanita el año pasado? Yo tengo que pasar segundo. Pregunté a un hombre serio y soñoliento que me miraba con atención: ¿Todos van a pasar? No sé, me dijo, creo que sí. Pasan los que tienen que cumplir con San Juan por el milagro que les ha hecho o pedirle la realización de otro... Cada año pasan más. Y no se queman? —Depende, señor, exclamó. Hay que estar "puro" y hay que "creer". Al pronunciar estas palabras me miró de frente como para medir mi credulidad y mi pureza. Mi ánimo se ponía cada vez más tenso, los preparativos se hacían más rápidamente y las oraciones clamorosas.

Ví que algunos de los jóvenes se alistaban ya. Yo esperaba que fuera doña Juana la que encabezara la caravana de pisa-brasas, pero no fué así. Ella oraba y daba órdenes y todo giraba en torno a su voluntad. Con los pantalones a media asta, los muchachos se disponían a cruzar. Cirilo iba a ser el primero. Su nombre corría de boca en boca. Era sobrino de doña Juana y estaba cumpliendo el servicio militar. Me parecía mentira lo que iba a ver y empecé a reflexionar. Me dije de pronto: "no hará más que poner el pie y saldrá gritando". Al fin se dió la orden de empezar los "Milagros de San Juan". Junto con el primer paso del muchachote comenzaron a dolerme terriblemente los pies. El cruzó en cinco pasos los cuatro metros de brasas diciendo en cada uno que daba: Viva San Juan, Viva San Juan! Durante la ceremonia reinó el más absoluto silencio hasta llegar a un instante de solemnidad indescriptible. En el extremo del camino lo abrazaron y aclamaron. El mostró los pies envueltos con el polvillo gris de la ceniza pero sin síntomas de quemaduras y anunció: Dentro de un ratito, volveré a pasar! Tras de él pasó otro y otro y otro y luego una jovencita y una mujer y otras y hasta el anciano que estaba cerca mío, quien, cada vez que alguien lograba la proeza me miraba de soslayo como diciéndome "Ha visto? no se queman!". Se refrescaban en mí sus conceptos, "son puros y creen"... Y siguieron así los milagros. Cruzaron todos menos doña Juana. Luego vino el asado, corrió la aloja, empezaron los cantos y las guitarras. Pasado un momento me escabullí entre los comensales y regresé impresionado al pequeño hotelito. Mientras caminaba sentí envidia de no haber sido uno de los que cruzaron el camino de fuego y empecé a pensar y no pude dejar de pensar por días... Fué así cómo me remonté a Heráclito de Efeso y su filosofía sobre el devenir, con su metáfora del fuego. Pensé en Prometeo que robó el fuego sagrado, en San Juan y su maravilloso poder para quitar la fuerza de destrucción a uno de los elementos más voraces del cosmos y entre tanto, volvían a mi mente en sucesión y a intervalos los pies que cruzaron las brasas sin decir ¡Ay! Empecé por intentar explicarme el hecho mismo. La fe me dije, la fe mueve el mundo y sostiene cualquier sacrificio. Pero era posible que todos la tuvieran tan grande como para que ninguno se quemara? Luego, en un arranque cientificista pensé que era la leña, que según me explicaran, la guardaban especialmente hasta que se hiciera bien "campana", es decir, hasta que estuviera bien seca; pensé que así no tendría poder calorífico suficiente. El argumento no me convenció mucho. Yo había sentido arder mi cara y mis orejas por el reflejo de las brasas y me encontraba a casi tres metros

de ella. O eran los pies, los pies de esa gente, que tenían algo especial y estaban calcinados y callosos por haber andado mucho tiempo, sobre todo siendo niños, en pisos irregulares, sin zapatos y con un clima fuerte? O los ojos de doña Juana, que tenían poder hipnótico y manejaban a toda esa gente hasta hacerle perder el sentido del dolor y aceptar el milagro? No lo sé. Mi lógica fallaba. Confieso que por momentos me sentí perturbado; debía pues aceptar sin más trámite, sin más reflexión, los milagros. Me pregunté también por qué estos episodios tan simples que realizan seres también simples, dejan en la conciencia huellas tan hondas y supe que aquellos hombres y mujeres y su camino rojo y toda aquella fiesta y las horas vividas al ritmo del milagro, en la seguridad de que las cosas vienen de lo alto, el haber visto vencer el dolor tras el entusiasmo y constatar que los santos pueden a veces protegernos tan definitivamente, iban a perseguirme mucho tiempo. Actos primitivos, salvajes, terribles quizá (mirados en su desarrollo y realización) pero que deben encerrar algo muy serio y hondo. De pronto me pareció que allí, en hechos como éstos, residía la fuerza del rito antiguo y de lo folklórico, de lo popular. Creo que capté en un instante su dimensión justa en aquello que hace el pueblo espontáneamente, sin limitaciones, como lo siente, sin claves, pero que lo sostiene interiormente y que se transmite... Y luego sonreí irónicamente y me dije: Qué bueno es ésto de jugar con fuego y no quemarse! Pensé que aplicado a la vida práctica el día de San Juan era propicio para hacer cosas muy serias sin gran riesgo. Evidentemente, mientras cavilaba en torno al hecho, mayores proporciones y horizontes le descubría. Después, siempre que lo he comentado ha servido para acaloradísimas discusiones y alegatos.

Estamos frente a un hecho popular, tradicional; tiene en torno a sí un mundo de resonancias con un ala hacia el misterio, que se nos escapará siempre por la magia que lo sostiene, como todo lo que encierra y guarda el corazón del pueblo y que sin embargo, nos conmueve.

Sería bueno estudiar más estas tradiciones, mirarlas más de cerca, ponerles más cerca el corazón y la cabeza. Solamente así podrá llegar el día en que se nos dé la dimensión aproximada de la estructura anímica de nuestro auténtico pueblo; los elementos que saturan el alma de las gentes simples de los pequeños pueblos. Esos pueblos chiquitos, terrosos, a los que llegamos desesperados, sin ver la hora de dejarlos porque nos aburren y creemos que no pueden darnos nada, ni comprender nada de ellos, sin advertir ni sospechar lo que encierra la vida cotidiana de sus habitantes en cada una de sus fiestas, de sus muertes, de sus alegrías y de sus penas.

JOSE ANTONIO CASAS - Jujuy

I N D I O S H A C H E R O S



184

Hacen falta brazos duros
para voltear la madera,
hachas que coman la carne
pilar de las primaveras.
Ya se ha parado la savia
y se quedó el agua quieta,
bajo el otoño herrumbrado
y el invierno de la selva.

Llegó la indiada, ayer tarde
en camiones, como hacienda.
Cien indios, cuñas, chiretes,
perros, loros, hambre y flechas.
Eran una pared de ojos
trapos, dientes y miseria.
(Frente a la administración
silencio de viva greda).

Cacique Miranda al frente,
charcón, pupilas inquietas
como lomo de acatanca
le brillan bajo las cejas.
Trataron con el patrón;
se perdieron en la selva,
como fué noche de luna,
pasaron la noche en vela.

Golpes de bombo cercaban
el fuego pisando tierra.

J A I M E D A V A L O S

Z A F R A

En grupos lentos, callados, sobre crujientes montones de "malloja", van los peones cosecheros desde el cañaveral hacia el rancharío del lote; son indios puneños, de cenicienta greda y ojos indecisos, que visten barracán y guardacalzón de lona y evaden la pesada carga terrestre masticando hojas de coca. Los siguen hijos y mujeres que les llevan el apego y la comida y los ayudan en las tareas del surco, tan elementales como duras y premiosas. Las batas rojas, azules o amarillas de las "coyas" avivan la luz verdosa del cerco y las polleras, henchidas sobre rígidas enaguas, apenas si denuncian el escondido movimiento de la cadera. Casi todos llevan machetes y cuchillos; a brazo y sudor, sirviéndose de ellos, disputan al cañaveral la diaria ración del trapiche, demonio insaciable de la fábrica. Llegados a las barracas se arrojarán en sus catres y jergones para que el violento río del sueño les arrebate el cuerpo; y el cuerpo despertará mañana con ansias de desterrado y sólo con secreto desgano juntará nuevas tarjas; así hasta que la zafra acabe su apurada andadura y vuelvan ellos a sus ranchos de barro, en las tierras altas, junto a sus escasas majadas y cortas raciones.

En los callejones, sobre precarios rieles, a fuerza de hombres y caballos, está formado el trencito cañero que una "chorva" piafante arrastrará hasta el canchón del ingenio. Sobre el vegetal embarazo de las wagonetas algunos peones han aflojado en desorden sus miembros y aguardan el viaje inminente. Por todas partes la fétida respiración de la "cachaza" sofoca los vahos del atardecer que se marchita en la llanura.

Tras el padre indiferente camina la Gabriela Puca con sus breves años indios, casi a la rastra de sus piernas, a medias sostenido el cuchillo por la endeble mano que ha deschalado cañas todo a lo largo del sol persistente. No mira la plantación que desborda su marea por los cuatro horizontes del valle ni el follaje de humo que la chimenea derrama arriba; repara, sin fijeza, en la marcha del padre, en sus secos talones remando en la chala que cruje, bajo las ojotas, como noída por profusos insectos.

Ahora la Gabriela Puca advierte que no trae consigo la muñeca de lana que lleva al cerco, todos los días, como un recóndito amuleto infantil, y anhelante y furtiva, vuelve sobre su marcha. Ya, desde el confín violáceo, la miran las estrellas nacientes y la sombra, tersa todavía, ablanda las formas y sosiega el espacio. De pronto la intimida el amago, como de fantasma, de un "atajacamino" que suelta el vuelo brumoso junto a sus pies.

Un soplo desmayado lame el cañaveral cuando la Gabriela alcanza los últimos surcos y redobra su rústico juguete; al asirlo se le olvida el cansancio y renace niña. Y en el intacto refugio de la memoria regresa a las desnudas pampas puneñas y es nuevamente pastora, amiga de tímidas ovejas y de dioses, cuya presencia solícita adivina en los estremecimientos del aire y en la sensible mirada de las llamas. En ese punto, de sorpresa y a medida de aliento, la topa el Asensio Limai, capataz mestizo que, de antes, la tiene perseguida con ojos y palabras. La Gabriela, casi disuelta en la noche creciente, se asusta de esa voz ardida de deseo y vino y tiembla la fuga; antes una mano veloz capuja la pollera y la atrae imperiosa. Siente la Gabriela como si la oscuridad se llenara de garras repentinas y, aturdida, abandona el cuerpo y dispara, dentro de sí, por confusos atajos. Hasta que se recobra y en defensa desesperada, más por miedo y gesto instintivo, suelta un tajo ciego; y ya está la sangre corriendo por el hombro hendido del mestizo. Ahora, quemado de rabia y celo, se desmanda un puma herido y en el ominoso ruedo no hay sino una "imilla" inerme. El cañaveral se acobarda y hunde en la sombra cerrada. Distante suena el grito de las "chorvas" en marcha.

La Gabriela, yacente, crispera la mano en la muñeca de lana justo cuando el hombre se afloja y desarma sobre su cuerpo; horrorizada zafa y se levanta, los débiles pechos bañados en la sangre incesante del Asensio. Y va despacio hacia las luces lejanas, llena de súbito rencor hacia el padre por haberla desgajado de su tierra, de sus dioses y de sus años y tiembla de recelo a este valle de sudores y acechanzas. En el latido la sigue una pequeña pastora, yerta entre asustadas ovejas.

Sobre la "maloja" el Asensio Limai probonga un rígido y baldío abrazo.

MARIO BUSIGNANI - Oct. 1957

PUNTA DIAMANTE

Donde está el basural
y se juntan los ríos,
donde un polvo finísimo reverbera
cubriendo la medicina natural del tártago,
donde el respeto y el miedo
acompañan confundidos al saludo; ahí
donde se interrumpió el paredón del cementerio;
frente a lo que la gente llama la junta
del Río Grande con el Río Chico,
donde todo es un inmenso desastre de piedras,
desperdicios y paisajes
...y el amor y la llovizna
deben de ser realmente tristes...
están los ojos de Feliciano, de Máximo, del "Chato",
arcanos sellos familiares
los ojos de este mundo verdadero que nos mira!

Por ese tremendo nidal del hambre
en que las azules ramas del tártago
pareciera que reptan las barrancas
y donde el milagro del hombre
son unas rayas de siembra,
o la tierra de patio lujosamente blanca,
mientras beben el té de los pobres
en un desamparo de ronques y de ríos,
todo nos reprocha, al mirarnos,
la miseria de los niños.

JOSÉ CADENA Y EL POZO

José Cadena está cavando un pozo de balde junto a la playa del río. Pala, pico y barreta lo ayudan en su trabajo.

De la mañana a la tarde es un bultito inclinado sobre la tierra reseca, mientras el sol de verano, curioso, se obstina en su sombrero sin poder verle la cara.

Arena, piedras y ripio, compactos en la oscura solidaridad de la entraña, van saliendo de la noche tapada al día de cielo claro y de árboles de empujadoras raíces que turbaban sus sueños de virginales solideces.

El suelo bajo los pies del pocero lo va tragando de a poco. Medio cuerpo tiene afuera y el otro medio ya pisa greda ciega y pedregosa rociada con agua amarga que de su frente exprime de continuo el duro esfuerzo.

Una tenacidad de pedrones le va oponiendo el terreno al trabajo del pocero. Como un topo, encerrado entre redondos paredones que sombrean sus espaldas y le refrescan los pies, Cadena en el fondo umbroso rompe a combazos las grandes piedras agarradas con fuerza de raíz y pacientemente las va arrojando junto a la boca del agujero, para luego palear despacio la arcilla blanda que las va sepultando como a pulidas semillas de la tierra.

A medida que el material excavado crece en las cercanías del hoyo, Cadena se va adentrando hacia el agua que abajo espera su rescate para darse plena de cristalinas honduras. Ella sabe que allá arriba esos golpes de pico y barreta la están llamando a juntarse en un remanso abundoso donde se mire en las tardes el lucero dilatado y la luna se vuelva doble, mientras el cielo, absorto, se vea caído por un derrumbe que ignora y el sol por mirarla largo se la lleve a vagar por los espacios. Y se turba su pacífico, mesurado filtrarse entre los vasos de la entraña como queriendo llegar hasta las manos de aquel hombre que capas más arriba, dobladas las espaldas, horada el camino seguro y fecundante.

Un día ya no asomó ni siquiera la punta de su sombrero y como una fosa de indio el pozo tapó al pocero. Hundida su talla varios metros tierra adentro, Cadena ya no puede palear por sobre sus hombros corvados. Hay un alto paredón que él mismo cavó con su esfuerzo que sus esfuerzos impide.

Toda una tarde le llevó construir una larga escalera junto a las paredes del pozo. Por ese tiempo al silencio de la siesta no le molestó el tapado eco de su pico. Ató toscos escalones a dos largas varas y una vez que la precaria escala estuvo lista para su doble tarea, volvió a seguir desgajando el subsuelo a lentos picazos graves.

En el piso del hondón Cadena descansa un momento apoyado sobre su pico. Luego con cortas paladas llena de ripio suelto el balde que ahora lo auxilia en su labor y cargando con él trepa

lentamente por los peldaños hasta salir al día. Se detiene un instante a la orilla de la oquedad. Mira hacia la playa del río seco resplandeciente de luces y ve lejos las lomas verdes desteñidas por la siesta. Avanza unos pasos hasta los montículos de arcilla que se endurecen al sol y vuelca el balde sobre ellos dejando un redondo montoncito sobre sus rojos lomos. De inmediato, balde en mano, se hunde en la excavada profundidad del foso. Escarba su seno, llena de nuevo el recipiente, sube con él a la superficie, vacía su contenido y vuelve a bajar. Y así horas de horas, días de días... Bajar, cavar, romper las piedras, llenar el balde, subir, arrojar la materia extraída y los pedrones rotos y luego descender.

Lenta labor, silenciosa tarea, bárbaro trabajo primitivo y solo allá en el bajo del hueco.

Cada metro ganado en profundidad al suelo se mide por largos días de pausada fatiga que aplasta las espaldas y ata la cintura con agudos dolores amenazando el cansancio paralizar con calambres brazos y piernas todas.

Cadena no piensa mientras trabaja. No quiere recordar nada de su vida toda labor dura, solitaria, ardua: hachadas, cosechas, noches en vela junto a las carboneras, aradas... Tiene una certeza de agua que se le anuncia en aquella que moja sus manos y empapa sus espaldas. Hay en él un afán febril, una obsesión de honduras, una perforante idea, cristalizada y puntuda que lo embrutece en una casi mecánica sincronización de empujes incansables, rítmicos, parejos que taladran y arrancan fondo del fondo oscuro como si estuviera atado a una eterna penitencia allá en las interioridades de la tierra. Y su sueño de agua baja en busca de la napa fresca que sabe andaré arrastrándose por la entraña, greda abajo, como un hondo pensamiento fértil y quiere tocar pronto su lomo resbaloso y plateado como el de un pez enorme que siempre pasa y que volcándose sobre sí mismo le inunde la socavada redondez de su esfuerzo y se le de pleno hasta los bordes resecos. Entonces piensa que sus vaquitas ya no chapalearán el agua barrosa de las aguadas, ni irán a lamer el cuenco endurecido de los "ojos de agua"; porque él estará allá arriba llenando a baldazos de agua pura los panzudos "bateones" de cavada madera blanda, donde sumergirán sus bocas los sufridos animales para calmar su sed de tanto invierno seco.

El pico se le fué quedando entre un ripio blanduzco y la pala comenzó a pesarle doble con su carga humedecida. La inminencia del encuentro entre hombre y agua se fué acercando en fangosos indicios. Sabiendo que ya era delgada la distancia para llegar a esa oculta corriente que pasaba abajo regando inútilmente ceñidas tierras sin luz ni vegetales, Cadena apresuró su trabajo y al clavar como un deseo su pico filoso en la carne de la tierra, rompió la tapada vena de la entraña y sintió, dichoso, un frío de agua profunda y clara que le mojó los pies morenos. Siguió cavando sobre el agua en busca de su corazón lleno y fué sintiendo en el suyo, envejecido, un lento manar callado derramándose dulcemente por el fondo.

Una emoción tierna y mansa lo aquietó sin ideas acariciándole el alma..



POEMA CON MIS CINCUENTA AÑOS

Soy todo yo con ellos.

Me acompañan y alientan.

Ellos y yo, y angustias, y alegrías, y sueños.

Y el proyecto de un sueño que ha de venir, que llega.

Y la fe en lo que viene, y en la vida, y los jóvenes.

(Es la voz de la abuela: —Será larga la ruta,
pero hallarás un día los mundos infinitos
donde hay bosques de grandes árboles que dan lunas
como la flor del cardo nos da panaderitos.)

Canto y están conmigo.

Zangoloteados días traban sus ramazones.

Tienen como los púgiles, rudeza, cicatrices

y salud y alegría.

—¡Toda la vida es nuestra!— me gritan y me exaltan.

(Es la voz de la abuela: —Verás a Pulgarcito
y su casa hecha sólo de alas de mariposas.

Alumbra su blandura, siempre encendido, un sueño.

El piso está alfombrado de palabras hermosas.)

Miramos desde nuestros altozanos en torno:

Vida lo ya vivido. Vida lo por delante.

El pasado es hermoso, pero el futuro más.

Dichas, dolores, puños y labios conocimos.

Dichas, dolores, puños y labios nos esperan.

(Allá en vano sacude sus risas el Maligno
—agitan los arcángeles carillones de plata—,
y aunque nunca existieran lámparas de Aladino,
en los mundos que digo descubrirás tu lámpara.)

Nuestra es la vida. Nuestra. Nuestra porque creamos.

Muchacha veinteañera, muchacho veinteañero:

No sabes lo que tienes por delante: ¡Descúbrela!

¡Canta como los pájaros! ¡Ríe como los hombres!

Toma con las dos manos la vida y utilízala.

Trabájala y trabájate. ¡Eres joven, Dios mío!

Dame la mano. Somos jóvenes y optimistas.

Yo y mis cincuenta octubres te seguimos, ¡avanza!

Mi voz junto a tu voz

será himnica, augur, máscula, generosa.

Mis cincuenta años jóvenes vibran junto a tus años,

aman junto a tu amor, sueñan junto a tus sueños.

(Abuela: ¡Cuántas sendas fatigué desde entonces!

Cambiaban los paisajes pero no el panorama.

Aprendí que la vida se ensancha cada día

aunque tiempos de sangre clausuren beso y lágrima.)

Y aun sueño que la luna madurará una aurora

que los ogros del mundo conversarán conmigo;

El niño que me enrostran es mi lastre y mi impulso

¡y solamente valgo lo que tengo de niño!

ARISTOBULO ECHEGARAY

1. Hay estilo en toda forma que expresa con lealtad un pensamiento.

Las artes son combinaciones de gestos destinados a objetivar adecuadamente los modos de pensar o de sentir; cuando la forma expresa lo que debe y nada más que ello, tiene estilo. No basta, en arte alguno, poseer concepciones originales; es necesario encontrar la estructura formal que fielmente las interprete.

Todo ritmo de humano pensamiento que alcanza expresión adecuada crea un estilo. Cada característica intelectual, de un pueblo o de una época, es sentida con más intensidad por hombres originales que le dan forma y renuevan la técnica de la expresión; en torno de ellos los imitadores se multiplican y forman escuela, hasta que la sociedad siente su influencia, adapta a ella su gusto y surge una moda. Seguir una escuela es la manera infalible de no tener estilo personal; entregarse a una moda es el método más eficaz para carecer de originalidad. En cualquier arte, sólo puede adquirir estilo propio quien repudia escuela y desdeña modas, pues unas y otras tienden a poner marcos prestados a las inclinaciones naturales.

No se adquiere estilo glosando la forma ajena para expresar las ideas propias, ni torciendo la expresión propia para adular los sentimientos ajenos. Estilo es afirmación de personalidad; el que combina palabras, colores, sonidos o líneas para expresar lo que no siente o no cree, carece de estilo, no puede tenerlo. Cuando el pensamiento no es íntimo y sincero la expresión es fría y amanerada; se rumian formas ya conocidas, se retuercen, se alambican, procurando en vano suplir la ausente virilidad creadora con estériles artificios.

El arte de escribir, particularmente, carece de excelencia mientras se preocupa de acariciar el oído o de engañar la razón con sofísticas oblicuas. Una máxima de Epicteto, desnuda, sin adverbios pomposos ni adjetivos sibilinos, tiene estilo y deja una impresión de serena belleza nunca igualada por los retorcidos discursos que abundan en las épocas de mal gusto; sobra, en la simple sentencia, la adecuación inequívoca de la forma al contenido, realizando una armonía que nunca alcanzan las prosas torturadas para disimular la oquedad. El más noble estilo es el que transparenta ideales hondamente sentidos y los expresa en forma contagiosa, capaz de transmitir a otros el propio entusiasmo por algo que embellece la vida humana: salud moral, firmeza de querer, serenidad optimista.

Fragmento de Mérito - Tiempo - Estilo, trabajo publicado por José Ingenieros en su valiosa Revista de Filosofía, Año VIII, Nº V, Septiembre de 1922.



MONÓLOGO DE SARMIENTO

Canto III

Lo de jocundo y sabio me viene de la tierra
de su verdor inextinguible.

Ella me amplía las besanas, hila mi gozo.

Me acaricia con la niebla de su tabaco,
con el furor de su divinidad.

Y yo me dejo crecer sutilmente como un sarmiento de ternura.

Con fruición busco lo insondable de América.

Porque también en mi abolengo se estiran dulces arbolillos húmedos,
viñas ideales y lagartos tristísimos que miran desde el fondo de Dios,
porque príncipes del Angaco se recuestan en mi linaje

y vacadas de cien millares me coronan.

Yo me dejo crecer; la alegría dionisiaca me sacude.

Retorno a mi raíz.

Aprieto con felicidad lo anónimo del terruño,

lo protejo y me defiendo;

pliego este ponchito de vicuña;

escucho el tiritar de sus flecos nítidos

y deposito sus cristales sobre el túmulo de mis padres humildes.

Mis destierros son solamente retornos infinitos a la diafanidad.

Este potro que jineteo, esta diadema, esta polvareda, este fulgor.

Todo me estremece y me llena de gloria y de alegría,

todo es libertad y entusiasmo,

y de mi voz se levantan ciudades jubilosas.

Y todo se transfigura, porque el tiempo canta en mi corazón.

NICANDRO PEREYRA

Los últimos descubrimientos de la ciencia han conmovido desde sus bases más profundas los esquemas mentales con que consciente o inconscientemente actuaba el hombre en el mundo y le obligan a meditar otra vez, ideas y conceptos que consideraba antiguas e inamovibles verdades.

El cuantioso presente del hombre no sólo está modificando el pasado, tal como lo previó Eliot. Está también, al mismo tiempo, destruzándolo.

La deslumbrantemente lúcida inteligencia de los científicos no permite al pasado convertirse en Pasado. Todo está presente. Cada descubrimiento sirve de base a muchos otros y abre casi infinitas perspectivas. Las aventuras de la mente humana han excedido todos los límites de la audacia.

Frente a estas comprobaciones, permítasenos una disgresión retrospectiva. Permítasenos recordar por un momento las antiguas culturas; la egipcia, por ejemplo, o la cultura asiria.

Los medios de comunicación, en ese entonces, eran dificultísimos. Las naciones, los reinos —como naves del tiempo— surcaban lentamente los siglos. Los pueblos eran islas rodeadas por un vasto silencio. En ellos, poco a poco, fueron definiéndose los estilos y pequeños gérmenes, con tesón inmortal, fueron madurando hasta fructificar...

Un invento chino podía ser ignorado durante siglos por el resto del mundo. (Y lo era). Hoy los términos del problema se han invertido. Los gobiernos luchan y gastan millones procurando mantener en secreto sus descubrimientos. El mundo se ha empequeñecido tanto que basta un simple aparato de radio para que tengamos el universo en nuestra frente.

La diferencia que hemos expuesto, esta diferencia que alcanza las máximas dimensiones, tiene que influir también en la mente, en el alma de los artistas. El tema excede, por supuesto, los límites de esta sección de la revista; pero estaríamos conformes si, por el momento, sirviera para que formulemos un nuevo llamamiento, una nueva apelación a la "realidad" a nuestros escritores... pues algunos de ellos parecen estar viviendo (mentalmente) en Egipto, o en Caldea...

Podemos comprobar la verdad de esta afirmación sin traspasar las fronteras de la Patria. Nos bastaría recordar las últimas experiencias que ha vivido nuestro país.

¿Se reflejan esas experiencias en la obra de nuestros artistas?
¿Se han escrito en Argentina la novela, el cuento, los poemas que las hayan tomado como tema?

Salvo rarísimas excepciones, afirmamos que no. Basta leer los poemas de la mayoría de los poetas de hoy y confrontarlos con su obra de antes de 1943. Se verá con toda evidencia que han salteado, con sorprendente agilidad, esos graves años, que no han sido tocados ni por el tiempo ni por las adversidades. Se justifica entonces, este llamado.

No se pretende compulsar a nadie hacia un realismo absoluto y excluyente ni mucho menos. El Dante se preocupaba de los más sutiles matices del arte literario. Se preocupaba hasta de encontrar rimas graves y ásperas para su Infierno; pero al mismo tiempo —y no por casualidad, ciertamente— lo poblaba en gran parte con florentinos (sus paisanos) . . .

Nunca con más verdad que ahora se pudo hablar de un NUEVO MUNDO. Jamás el presente del hombre ha estado más transido y conmovido por procesos sociales y económicos no sabemos si definitivos, pero sí sabemos, que importantísimos. Es necesario, entonces, que los escritores reconsideren su actitud, su posición, frente a la realidad y a la vida, pues lo cierto es que, mientras los prosaicos científicos aspiran a conquistar prácticamente el cielo, nuestros aéreos poetas insisten en su veterano, en su habitual suspiro. . . ¿Hasta cuándo?

No faltará quien afirme que no somos nosotros los más indicados para formular este Llamamiento. Declaro, decididamente, que nadie podrá afirmar, tampoco, que somos los menos indicados para ello.

JORGE CALVETTI



L Á T I C A



LEVANTARÁS EL MURO

(a don Ernesto, mi hijo)

I

*Solías encontrarme, hijo mío,
al caer de los verdes temporales de enero.*

*Había enmudecido la roldana
del aljibe movida por el viento.
Y sólo se escuchaba, interminable,
el galope del agua
en el profundo callejón.*

*Me acercaba
despacio,
a los antiguos y gastados espejos,
sin que mi imagen
reflejara en ellos.*

*Pero eras tú
quien respondía, entonces,
como emergiendo casi
desde su blanco azogue.
Desde el origen virginal del fuego,
desde la fría y soterrada estructura
del mineral,
hasta alcanzar un límite de raíces oscuras.*

*Y recién comprendía que estaba tu presencia
saliendo de mí mismo,
a acompañar mi soledad.*

*Oh, tu limpia mirada, tu apenas contenido
paso infantil.*

*Existías conmigo mucho antes de nacer.
Porque mi vida en ti se prolongaba,
como el milagro de la tuya, habrá de repetirse
en el crepuscular recinto de esa luz increíblemente diáfama.*

II

*Solías encontrarme
también en el cerrado monte,
cuando las ramas sorprendidas
lloraban como un animal sangrando en medio de la noche.
O cuando el salmo del silencio
con los ecos menores de las grandes montañas,
rodaban por los cañadones.
Y los helechos dibujaban su esqueleto en las bajas
y sombrías laderas.*

*Porque hombres y árboles y ríos,
han sido nuestra herencia.
Y únicamente yo podría recordártelos, ahora,
y que sobrevivieran.*

*Oh, hijo mío, dueño de esa luz
que se alumbraba en los lapachos
y en los tarcos en flor.*

*Así el valle ha quedado
rodeado por azules lejanías,
bajo la muerta luna
entre las ramazones
húmedas.*

*Así de ti, oh tierra,
me alejé sin saber que mi alma
subía en cada tallo.
Pero tú, hijo mío, volverás a mirarla
y retornarás a ella.
Y sólo con tu brazo
y "el sudor de tu rostro",
levantarás el muro derruido por mi mano.*

RAUL ARAOZ ANZOATEGUI

San Isidro (Bs. As.) 50

FUEGOS ARTIFICIALES

—¡Es él! ¡él! ¡él!

La mujer daba alaridos y no cesaba de gritar.

—¡Ha sido él! —decía la mujer señalándole con el dedo que era como un caño de escopeta a bocajarro. La mujer estaba despeinada y sus pechos enormes se agitaban debajo del camisón; enormes, deformes, blandos, debajo del camisón que se adhería a sus carnes regordetas.

Cuando llevaron al imbécil que lloraba como un niño pequeño y temeroso, sin comprender, con sus ojos de viejo y su ancha boca, ni siquiera el más leve estremecimiento se pudo notar en las manos homicidas que recogieron el arma para guardarla nuevamente en su sitio.

El marido, que desde hacía ya tiempo se dedicaba a los cueros (a la venta de cueros de víboras y yacarés, que, una vez desollados y colgados durante los días necesarios en los interminables alambres del galpón exprofeso, se enfardaban y eran transportados por él mismo en el viejo andariego Ford hasta el pueblo y desde allí lanzados por ferrocarril para volver convertidos en los cheques que él almacenaba en la infructuosa cuenta bancaria. Eso constituía, por cierto, un negocio mucho más productivo que el antiguo negocio del carbón, o que el obraje; las ganancias eran relativamente repartidas pero los riesgos sólo estaban en las piernas y manos de innominados paraguayos y chaguancos que trabajaban en los esteros reverberantes y cálidos y las orillas anegadizas del Bermejo) permanecía casi todo el tiempo fuera de la casa y por eso ni siquiera se imaginó que una bala le esperaría atravesando la noche para ir a incrustarse en la cara y destruirla hasta quedar convertida en un guiñapo ensangrentado y cómico, junto al suelo, casi en el centro del patio mientras su mujer gorda y semidesnuda acusaba al tonto gritando y agitando los brazos hasta que llegaron los demás.

Serían las tres de la mañana cuando sonó el estampido. El tonto lo escuchó desde el lugar donde dormía, no lejos de la cocina, y ya estaba por salir a ver jugar a los chicos desde el mirador, casi junto al portón que daba al camino.

La atracción del ruido de pólvora de los fuegos artificiales era irresistible para él. Siempre le pasaba así desde que vió por primera vez encenderse las luces de bengala y escuchar el estampido seco de los cohetes en aquella Navidad lejana. Con un gesto anhelante, con una chispa de alegría idiota en los ojos, se quedaba absorto ante la trayectoria luminosa de la pólvora encendida. A veces los chicos, cuando le descubrían o lo espiaban venían hacia él para darle que sostuviera la mecha; a veces también le ataban cohetes en la parte trasera de los tiradores y se desternillaban de risa viéndole correr como un salvaje caballo loco.

La mujer había terminado por franquearle la puerta de su cuarto porque en ese calor interminable que le abrazaba el cuerpo en las noches necesitaba del hombre. Pero esa noche ella no esperaba al cazador de serpientes y yacarés que de pronto, antes de que el otro terminara de abandonar el lecho cálido y subrepticio, apareció con la linterna perforando el azulado follaje de los árboles junto al camino y llegó hasta el patio de la casa dando órdenes a los gritos.

Entonces descolgó la escopeta.

El idiota también escuchó el estampido seco, rotundo, solitario, pero esa vez cuando salió no encontró a nadie, no sintió la carrera ni los gritos de los chicos ni vió las luces de las cañas encendidas. Sólo vió la oscuridad y penetró en el patio que era más bien un canchón donde estacionaban los carros y a veces pernoctaban los caballos, las vacas, los peones y los cerdos. Cuando él llegó la mujer le dijo, entregándole lo que todavía sostenía entre sus manos: "tomá, agarrá. Con ésto se hace fuegos artificiales". El obedeció con entusiasmo y aun alcanzó a disparar el otro tiro haciendo que la bala pasara rozando sobre el tejado hasta perderse entre los cócotos rumbo al río. Vió el leve fulgor de la explosión en el percutor y escuchó nuevamente el mismo ruido pero en cambio no vió el cuerpo del cazador de serpientes y yacarés caído junto al gran cantero en el centro del patio, ni al otro hombre que sigilosamente se alejaba a grandes pasos hacia el fondo. Entonces la mujer comenzó a dar alaridos agitando el pecho y meciéndose los largos cabellos humedecidos por la transpiración. Hasta que los demás llegaron.

L E Y E N D A

Y TE ENCONTRE COMO EL RIO Y EL AIRE.

Perseguí tu olvido hasta tenerte.

*Y tu memoria fué la Aventura que originó el principio
del amor.*

*Hoy no puedo arrancarme este pedazo de amanecer
que me conduce a tu presencia.*

*Eres mía pero también el Mundo siente el peso ligero
de tu cuerpo.*

Perdóname si no sé recoger a veces tu silencio.

Pasa el Tiempo y el tiempo se agranda con tu nombre.

*Cruza tu voz en el gesto desnudo de tu voz
cuando llegas callada,*

y el eco es un retorno del adiós.

Eres la dueña de todas las palabras,

y las mujeres todas de la tierra llevan tus ojos,

y tus ojos están en todas las mujeres de la Tierra,

y tus ojos son los únicos ojos que suben a mi sangre.

*Al conocerte fué como si estuvieras conmigo desde siempre.
Todo tiene la Edad de nuestro encuentro.*

Eres la Luz, la Sombra, el árbol la fecha del recuerdo.

*Lo demás es una historia que escribimos
para mirar un día del Futuro.*

ATILIO JORGE CASTELPOGGI



PUBLICACIONES

ITINERARIO DEL PAYADOR. Por MARCELINO ROMAN - Editorial Lautaro

A través de cuatrocientas páginas prietas, estudia el A. la figura del payador y de otros tipos afines de América.

Con lenguaje sencillo, adoptado sin duda deliberadamente, manifiesta ROMAN extraordinaria versación, llegando a ser el libro un registro casi completo de instrumentos, letras, episodios, nombres y antecedentes que se vinculan con los temas abordados.

La obra ha sido dividida en cinco partes, que abarcan aproximadamente setenta capítulos. Todo, precedido por una "Introducción", en la que el A. expone su plan de trabajo.

La primer parte, se refiere al instinto poético y a la necesidad de poesía en todos los pueblos. Pasa luego revista a los instrumentos musicales empleados por los payadores (guitarra, arpa, guitarrón, viola, cuatro, tres, etc.). Y, en lo que interesa particularmente al noroeste argentino, el charango, como instrumento "adecuado para la expresión de la angustia india". Correcta sin duda la aclaración de que tal tristeza no es signo racial, sino fruto de la esclavitud, la explotación y la miseria. Bajo el título "La Sugestión de los Tambores", hace ROMAN el elogio de la caja, vocecita rítmica, apoyo y sostén del canto, que a diario escuchamos en nuestra provincia.

La segunda parte, estudia los rasgos indígenas de la tradición poética. Aquí nos encontramos con la asombrosa noticia de que, en lucha análoga al canto por contrapunto, los esquimales dirimían sus contiendas personales.

Transcribe el A. fragmentos de uno de esos "duelos poéticos". Resultaba inevitable la cita de cantores, músicos y poetas del antiguo México, quienes vivían de su arte como asalariados, desempeñando una labor de tipo profesional. Y en el capítulo dedicado a los cantores del Incario, tenemos el agrado de ver parcialmente transcrito el "Jailli Agrícola" incluido en la separata de nuestro N° 4. La poesía entre araucanos, guaraníes y demás comunidades precolombinas, se ocupó no sólo del amor sino que contuvo expresiones de descontento y protesta por las injusticias cometidas contra quienes eran los más débiles, en la lucha contra un conquistador rapaz e intolerante.

En la tercera parte, se estudia al payador con directa referencia a nuestro país. Etimología de la voz "payar"; antecedentes en otras culturas (grecolatinos, trovadores, árabes, andaluces, africanos, polinesios, etc.), todo lo cual permite a ROMAN concluir que "... la poesía payadoresca —improvisada y cantada— se relaciona con las formas poéticas más antiguas de pueblos de diferentes razas esparcidos por el mundo". Formación y aparición del payador; la pulpería como refugio contra el aislamiento (y no como lugar nefasto); modalidades de la improvisación; diversos géneros poéticos empleados; payadores, malentretidos y matreros; los payadores en el circo, el teatro y la radio; además de un anecdotario, son otros tantos capítulos a los que pone fin el titulado "Del payador al cantor de tangos". Aquí, las conclusiones no podían ser otras: el tango es más danza que canción, no alcanza a ser folklore y su letra constituye (salvo excepciones y al menos hasta hoy), factor de empobrecimiento del habla.

La sección más directamente relacionada con el título del libro, es la cuarta, pues en ella se registra el itinerario cultural y no tan sólo geográfico, de la poesía payadoresca. Cada país americano, merece consideraciones particulares y bien documentadas. Vemos así desplazarse la figura legendaria del payador, con diversos atavíos, instrumentos y cantos, a través de Bolivia, Perú, Chile, Venezuela, Brasil, México e incluso Estados Unidos de Norte América, donde un gran poeta contemporáneo (Carl Sandburg), llegó a pagar con destacados cantores populares acompañándose con la guitarra. Varias provincias argentinas son estudiadas en capítulos separados, de los cuales uno (bien que lamentemos su brevedad), dedicado a Jujuy.

"El canto del pueblo en el viento del mundo". Tal el título de la quinta y última parte, donde se examinan aspectos de la poesía popular, vinculados con el canto de los payadores. Excepto algunos capítulos (vg. las relaciones; verseadores y verseros; hombres, guitarras y cuchillos; la tierra, el paisaje y la canción, etc.), ésta es la parte de las conclusiones más importantes.

"Las grandes batallas de los pueblos son en última instancia... en su significado profundo, batallas por la cultura". El sentimiento poético del pueblo, no es extraño a las contingencias de la lucha y a las conmociones de la época. Claros ejemplos al respecto, han sido entre nosotros los cielitos de Hidalgo y el Martín Fierro, por cuya boca "cantó opinando" el payador Hernández. Es claro que no se trata de preconizar una vuelta a lo gauchesco. Se habla de poesía entrañada en lo popular, pero no petrificada, sino abierta a las manifestaciones complejas de la vida contemporánea. No sería ajustada a la realidad actual, una poesía de forma gauchesca; debe interesar más lo sustancial que lo formal. Hay que recoger el espíritu (fondo) de aquella poesía realista y combatiente, en vez de limitarse a repetir sus formas. Tal la advertencia que (con otras palabras), destaca ROMAN.

Señalemos nuevamente los méritos de esta obra, que no deja de lado las relaciones entre los problemas de la cultura y los de la realidad social, económica y política. Tan sólo podríamos observar la falta de un índice de autores, personas y obras citadas, que facilitara la consulta. Con infundada modestia, no reparó el A. en que su libro será antecedente indispensable para cualquier trabajo ulterior sobre el tema. — A. F.

Por cierto que la novela de Nella Castro no pertenece, en absoluto, a la modalidad de la actual novelística contemporánea argentina "que pone entre paréntesis el país y sus hombres", como con agudeza no exenta de tendenciosidad, se apunta en la solapa de presentación. Por el contrario, resulta innegable que su relato es el producto —decantado y alquitarado por los ideales filtros del novelista— de una áspera realidad, apasionadamente vivida. Surge así un vigoroso cuadro del Norte selvático y ardiente, este Norte argentino de los obrajes y de los ingenios, tan distante de la idílica Arcadia de los folkloristas al uso como de la promisoría Canaán de los retóricos que sólo saben de la ponderación de "sus inagotables riquezas", según el clisé consagrado. La lucha, a la vez física y espiritual, del hombre contra la Naturaleza agobiante, el paulatino envilecimiento de quien siente irsele la esperanza como agua entre los dedos, no menos que el espectáculo exasperante de la injusticia de los amos, omnipotentes señores de vidas y fortunas, están descritos con una fuerza e intensidad pocas veces alcanzados en estos últimos tiempos en los relatos de este tipo en nuestro medio.

Desde este punto de vista, asiste también razón al presentante al alinear la novela de Nella Castro —salvadas las naturales distancias— junto a las obras de M. A. Asturias, Ciro Alegría y aún Eustasio Rivera. En todas ellas vibra, traspasando el relato de épicos acentos, el grito de rebelión de los eternamente olvidados, de los parias malditos, las razas condenadas y los humildes desposeídos que la organización social —indiferente o impotente— aparta de sí con asco. Empero el comentarista debe aquí poner punto final a los elogios, harto merecidos por cierto, que suscita la novela de Nella Castro. El demonio de la crítica reclama ahora sus derechos. Fácil es distinguir en "La Mestiza" tres planos bien definidos y, en verdad, no del todo fundidos en integral unidad. Por una parte, como en "La Vorágine" misma y en algunos relatos de Conrad, la historia de una desintegración moral bajo el doble imperio del clima agobiante y el raer incesante de la angustia que impulsa a todos los excesos del alcohol y la lujuria; por otra, una descripción, a las veces casi geográfica, de la zona ribereña del Bermejo, y, por último, un alegato social contra la injusticia de los poderosos. No vacilaremos en señalar que es ésta la parte más débil y la que, en cierto modo, resiente el resto. No porque, en modo alguno, discrepemos o nos oponemos al noble anhelo de humanidad y redención social que alienta a la obra de Nella Castro en este aspecto. (Aún cuando tengamos nuestras dudas sobre la eficacia y sinceridad de "los redentores" que abundan por estas tierras. Pero esto es, o pretende ser, un ensayo literario y no político, de modo que dejaremos el tema). Es que simplemente creemos —y la experiencia literaria nos da la razón— que una novela por más contenido social revolucionario que posea, no puede dejar de ser ante todo eso, es decir, novela, narración, relato de hechos, configuración de ideales orbes, plenos de vivientes personajes, y nunca alegato, esto es, racional formulación y desenvolvimiento de argumentos. Y esto se advierte en todas las grandes novelas sociales mencionadas, en "La Vorágine" de Rivera, en "Huasipungo", no menos que en la obra de Alegría. En todas ellas "la emoción social" como la llama Luis Alberto Sánchez, nacida del espectáculo de la injusticia, la miseria, el egoísmo y la explotación surge, no explícita, ni traducida en términos discursivos, sino implícita, a través del relato, sobre el fondo mismo de la trama, subyacente y decisiva, como wagneriano "leitmotiv". Esto es justamente lo que no aparece del todo logrado en el relato, por otros motivos excelentes, de Nella Castro. Estos reparos no obstan a un favorable juicio de conjunto. Creemos —y nuestro apartamiento de capillas literarias y aún nuestro propio desconocimiento de la persona del autor, confieren mayor valor a la predicción— que depurada ya su técnica novelística en posteriores producciones, Nella Castro podrá convertirse en uno de los grandes novelistas sociales de Latinoamérica. — HUGO RAMACCIOTTI.

En primer lugar este libro es realmente una novela? Responder afirmativamente resultaría tan atrevido, e inútil, como decidirse por la negativa. Después de todo, entre las crisis que se suceden en nuestro tiempo también se destaca hoy la crisis de la forma.

Para arrancar de algún punto diremos que este libro es en su forma una conversación con el lector. Una confesión. Una larga y sostenida reflexión sobre la condición humana.

Juan Bautista Clamence, el personaje, era abogado en París, "un abogado bastante conocido" y especializado en las "causas nobles": huérfanos y viudas, que "asumía la defensa de los criminales con la única condición de que fueran asesinos buenos", que "se ganaba la vida dialogando con gentes a las que despreciaba" y nunca aceptó sobornos, ni halagó a ningún periodista; rechazó "con dignidad discreta" dos o tres veces la Legión de Honor; nunca hizo pagar a los pobres, ni les habló a voz en grito; ayudaba a los ciegos a cruzar la calle, cedía su asiento en los transportes a quienes lo necesitaban, compraba el periódico que vendían los del Ejército de Salvación, "o las flores que ofrecía alguna vieja, aun sabiendo que ella las había robado en el cementerio de Montparnasse"; le gustaba dar limosna a los pobres y la "urbanidad le deparaba grandes alegrías". Toda su vida era eso: un mero transcurrir en terreno neutral, deliberadamente despoblado de cualquier "compromiso", incapaz de amar ni de odiar. Hasta que un día, anocheciendo, mientras caminaba por una orilla del Sena escuchó un cuerpo caer al agua y luego escuchó también los gritos de la persona que se ahogaba. Quiso correr pero no se movió. Se dijo que era menester hacer algo enseguida, y al propio tiempo sintió que una debilidad irresistible le invadía el cuerpo. Quiso convencerse que era demasiado tarde, demasiado lejos (demasiado ajeno). A nadie dió aviso del accidente.

Y eso fué todo; pero desde aquel instante cambió su vida. Aquella circunstancia le derribó y advino en él la calidad humana, la preocupación y la ansiedad que toda vida lleva encerrada en sí misma, la certidumbre de vivir en una comunidad de culpables y también desde entonces ya no tuvo amigos sino cómplices. Todo el género humano fué su cómplice.

Luego de esa caída, que es también la de su propia vida, el personaje intenta zafarse de este tremendo compromiso, continuar siendo espectador de la existencia ajena y regodearse con ello tal como desde un asiento en el stadium o desde una platea en el teatro. Aquel hecho —la caída— que lo pone por vez primera en contacto con el mundo, aquél sobre el cual se pisa, se sufre, se delinque, se ama, lo persigue, vuelve a aparecer a cada instante en que se cree nuevamente inmunizado; y entonces ya termina por comprender "que aquel grito que años atrás había resonado en el Sena a mis espaldas, no había cesado de andar por el mundo... de vagar por el mundo a través de la extensión ilimitada del océano, y que me había esperado hasta aquel día en que volvía a encontrarlo".

Por fin decide aceptar su culpa pero para demostrar la culpabilidad de todos, es decir profesar lo que entonces llama oficio de juez penitente, oficio cuya definición está contenida en el siguiente párrafo: "Puesto que no puede uno condenar a los otros sin juzgarse enseguida, era menester que uno mismo se abrumara,

para tener el derecho de juzgar a los demás. Puesto que el juez termina un día siendo penitente, había que hacer el camino en sentido inverso y ejercer la actividad penitente para poder terminar siendo juez".

Para serlo se retira a un lugar apropiado pero frecuentado por los

hombres —“refugiado en un desierto de piedras, de brumas y de aguas podridas”— desde allí busca la compañía, la frecuencia, el diálogo con sus semejantes; les habla y ante ellos se pinta a sí mismo, pero al final, cuando termina de relatar tiende ese retrato a los hombres, a sus contemporáneos y siempre el retrato “se convierte en un espejo”.

¿El personaje es un cínico, un cobarde, un morboso, un vencido? Es simplemente un hombre de nuestro tiempo, un producto de la estructura social de nuestra pobre civilización desorientada.

Albert Camus demuestra una vez más que la obra de un escritor no es nada más que el desarrollo de un tema. En “El mito de Sísifo” escribió: “Es bueno que el hombre se juzgue de vez en cuando. Es el úni-

co que puede hacerlo”.

Aquí, hacia el final del libro, se descubre quizás su mensaje, cuando las palabras de la confesión adquieren la tremenda tristeza de lo irremediable: ansía el personaje retrotraer el tiempo, que se repita la circunstancia con que empezó su drama para poder actuar de la otra manera y poder salvarse: “Oh, muchachacha —exclama— vuelve a lanzarte otra vez al agua, para que yo tenga una segunda oportunidad de salvarnos los dos”.

El personaje nos ha relatado las amargas vicisitudes ocurridas en procura de una toma de conciencia. Y con él, por fin, volvemos a recordar que “cada hombre dá testimonio del crimen de todos los otros”. Y ello es también nuestra fe y nuestra esperanza. — H. T.

“TORRE DE OTOÑO” de Juvenal Ortiz Saralegui (Cuadernos Julio Herrera y Reissig)

Cuando nos llegó, desde Montevideo, este nuevo libro de Juvenal Ortiz Saralegui recordamos enseguida los poemas de su libro “Las dos niñas” (Losada, 1943) en los que a la verdad poética se unía una ejercitada artesanía. Ahora en “Torre de Otoño” comprobamos la ruptura de ese equilibrio a favor de elementos puramente ornamentales, como si el autor pretendiera ganarnos con el lujo de la forma. Son frecuentes las imágenes verbalistas (el desconsuelo abanica la columna de tu resplandor, pestaña la luz en un vitral divino, estructuras ardientes de jardines antiguos, los corales la nombran con los labios del mar, cruzas mis acueductos con naves de plata, etc.) y es insistente el uso de vocablos preciosos (cítaras, divanes, garzas, adelfas, arpas, rosiclères, etc.) no como signos de realidades sino como adornos propios de una dudosa retórica. La innegable sensibilidad poética del autor y su atento amor a la poesía, que todos le reconocemos, se resienten así por la presencia, en este libro, de esto que no es sino literatura. Por otra parte, “Torre de Otoño” comprende cincuenta y dos poemas; casi sin excepción, todos trasuntan estados puramente individuales. Stephen Spender, considerando lo moderno en la poesía moderna, señaló la tendencia “de evasión de este mundo que aparece tan inhumano y tan impersonal y se radica en el mundo más pequeño de lo personal”. Nosotros preferimos la otra tendencia que se esfuerza “en relacionar la vida de la imaginación con el mundo de organizaciones e invenciones vastas y aparentemente inhumanas que la humanidad moderna ha creado”, porque creemos que el artista que se detiene en la forma pura o atiende sólo a su acontecer particular renuncia a su tiempo y deja impaga la deuda que todos tenemos con la sociedad. — M. B.

pequeños burgueses por Antonio Simoes Junior. Editorial Nueva Vida. Avellaneda. — años, lugares, gente por Carlos Ruiz Daudet. Editorial Cartago Buenos Aires 1957 — horario corrido y sábado inglés por Nira Etchenique. Colección Ventana de Buenos Aires. Buenos Aires 1957 — elegía por tu destierro por Alfredo Omar Busch. Ediciones "del curupí". San Nicolás de los Arroyos 1957 — para una crítica a Pablo Neruda por Roberto Salama Editorial Cartago. Buenos Aires 1957 — de olvido a olvido por Francisco Tomat Guido. Buenos Aires 1957 — dos hojas y un capullo por Mulk Raj Anand. Editorial Platina. Buenos Aires 1957 — rede por Salim Miguel. Ediciones Sul. Florianópolis Brasil 1955 — teodora y cía por A Boos Junior. Ediciones Sul. Florianópolis. Brasil 1956 — Marques Rebelo poeta morto por Helio Alves de Araujo. Editorial Sul, cuaderno VI. Florianópolis. Brasil 1956 — Garibaldi en Entre Ríos por Amaro Villanueva. Editorial Cartago. Buenos Aires 1957 — terra fraca por Aníbal Nunes Pires. Editorial Sul. Florianópolis. Brasil 1956 — tiempo de lágrima cerrada por Simón Kargieman. Ediciones Serpentina. Buenos Aires 1957 — Oxiacán, poeta por Luisa Marienhoff. Editorial Stylo. México 1957 — aurora del norte por Nikolai Nikitin. Editorial Cartago. Buenos Aires 1957 — Las palabras son piedras por Carlo Levi. Editorial Platina. Buenos Aires 1957 — el escritor y su sombra por Gaetan Picon. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires 1957 — madera para mi mañana por Matilde Alba Swann. Ediciones Cortezas del Roble. La Plata 1957 — el oficio de poeta por Cesare Pavese. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires 1957.

*Cae la noche silenciosa.
 Los cerros empiezan
 a cubrirse de neblina,
 la luna bañada en plata
 de nevada, se esconde hecha
 un ave hacia lo alto.
 Los sembrados quedan hechos un
 lago de aguas negras.
 La luna de rato en rato
 alumbra igual que
 una luciérnaga entre los yuyos.*



*Quando el día amanece,
 de nuevo se siente el
 bramar de las aguas, el
 roncar de las piedras, y el
 cantar de los gallos.
 Un murmullo igual
 que el viento entre los valles
 oscuros, igual que una pieza
 solitaria, con sus puertas cerradas,
 triste igual que el canto del hornero.*

*Cae la noche silenciosa.
Los cerros empiezan
a cubrirse de neblina,
la luna bañada en plata
de nevada, se esconde hecha
un ave hacia lo alto.
Los sembrados quedan hechos un
lago de aguas negras.
La luna de rato en rato
alumbra igual que
una luciérnaga entre los yuyos.*



GABRIEL TORREJON

*Cuando el día amanece,
de nuevo se siente el
bramar de las aguas, el
roncar de las piedras, y el
cantar de los gallos.
Un murmullo igual
que el viento entre los valles
oscuros, igual que una pieza
solitaria, con sus puertas cerradas,
triste igual que el canto del horner.*

COLABORAN

Literatura

- Araoz Anzoategui
pág. 196
Busignani
págs. 185/205
Calveti
pág. 194
Casas
pág. 181
Castelpoggi
pág. 200
Dávalos
pág. 184
Echegaray
pág. 190
Fidalgo
pág. 201
Groppa
pág. 187
Pereyra
pág. 188
Pereira
pág. 193
Ramacciotti
pág. 203
Tizon
págs. 198/204
Torrejón
pág. 207

Plástica

- Adler
pág. 193
Adivert
pág. 196
Castagnino
portada
Gaspar
pág. 195
Gnecco
pág. 184
Haeberle
separata
Herrera
pág. 207
Leño
pág. 178
Pantoja
pág. 190
Pellegrini
pág. 201

Gráfica

- Linotipistas
P. Contreras
N. García
Tipógrafos
J. Valda
Lidia S. de
Zambrano
Maquinista
E. Villalba
Fotografador
M. De La Torre



Imprimió en Jujuy - JOSÉ FRANCISCO ORTIZ

**CANCIONERO
BONAERENSE**

VENTURA R. LYNCH - 1883

TARJA 8

ANTOLOGIA

NINA HAEBERLE

CANCIONERO BONAERENSE

«Apenas comienza á nacer el día ya el gaucho está al lado del fogon.

Desde ese momento no se le cae el mate de la mano, ni el cigarrillo de la boca ó tras la oreja.

Luego sale a dar una vuelta por el rodeo ó la majada, ó bien abre la puerta del corral.

A medio día se desayuna, abriendo el apetito con una numerosa sucesion de cimarrones y terminando con otra progresion de la misma especie.

Torna en seguida á dar un vistazo á las haciendas.

A la oracion encierra las majadas ó el rodeo, larga los caballos que le han servido en el día y ata al palenque los que harán el servicio al siguiente.

Luego á cenar y despues á dormir.

Generalmente antes de la cena y del almuerzo, es cuando reunidos en torno al fogon, se les oye el sin número de cuentos por el estilo de los que hemos narrado, ó toman la guitarra y preludian algun gato, triunfo, estilo o hueya».

TRIUNFO

Tomada de José Pacheco del Tandil

Las estrellas del cielo

Son ciento doce

Con las dos de tu cara

Ciento catorce

Este es el triunfo madre

Así decía

Un enfermo de amores

que se moría.

Dicen que las heladas

Secan los yuyos

Así me voy secando

De amores tuyos,

Este es el triunfo madre,

De las mujeres

Que ponen buenos ojos

A los que quieren.

Vida mía no pierdo

Las esperanzas...!

Que en el pozo mas hondo

La sogá alcanza

Este es el triunfo madre

Dueña del alma

Más quiero dulce muerte

Que vida amarga.

Ni aunque todos se opongan

los doloridos

No hay dolor que le iguale

al dolor mío

Este es el triunfo madre

Dame la muerte

Dámela despacito

No me atormente.

VENTURA R. LYNCH «La provincia de Buenos Aires hasta la definición de la cuestión capital de la República» Imprenta de «La patria argentina» Buenos Aires 1883. Reimpreso por el Instituto de Literatura Argentina para el Cancionero Bonaerense en la Imprenta de la Universidad, Buenos Aires 1925.

